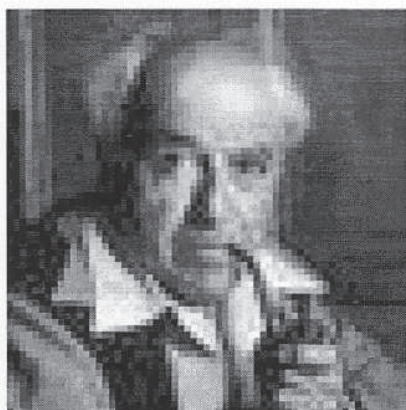


BLOCH Y SCHELOMO

BLOCH Y SCHELOMO, RAPSODIA HEBRAICA

por Walter Aníbal Ravanelli

La rapsodia hebraica Schelomó es quizá la obra más famosa del músico suizo Ernest Bloch, un campeón de la música de tradición judía. En estas páginas hemos tenido ya oportunidad de encontrarnos con importantes obras de Bloch, pero quizá sea oportuno contar ahora algo de su vida y de su idea musical. Ernest Bloch nació en Ginebra, Suiza, y estudió música en el Conservatorio de Bruselas; entre sus maestros estuvo el gran virtuoso y ya legendario violinista belga Eugène Ysaÿe. Bloch se trasladó después a Frankfurt, y allí estudió en el Conservatorio Hoch. Se sintió siempre suizo, pero sobre todo judío. En cuanto autor suizo, compuso su poema sinfónico *Helvecia*, un homenaje a su patria. Y en cuanto músico judío, lo más famoso de su producción son las obras de su llamado «*ciclo judío*», músicas fuertemente enraizadas en el alma de su raza. Bloch recorrió Europa, y en 1916 inició una gira por los Estados Unidos, que fracasó económicamente y lo dejó varado en ese país. Por suerte recibió ayuda de otros músicos judíos residentes en América del Norte, y allí consolidó su posición, y escribió algunas obras que tuvieron gran aceptación. En 1924 adquirió la ciudadanía estadounidense, y dio clases a numerosos jóvenes que se convirtieron en sus discípulos, algunos de ellos de gran renombre posterior, como George Antheil –el del Ballet Mécanique– y Roger Sessions. En los años '30s Bloch volvió a Suiza, con intención de establecerse allí. Sin embargo, al iniciarse la persecución de los judíos por parte del régimen nazi, retornó a Estados Unidos, y allí fue profesor de la Universidad de Berkeley, California. Posteriormente se estableció en Agate Beach, en Portland, Oregon. Murió allí, en 1959, de cáncer. Las primeras obras de Bloch, hasta su ópera *Macbeth* (1910), sufrieron las influencias del impresionismo de Claude Debussy, por una parte, y del sinfonismo *postwagneriano* de Richard Strauss, por otra. Las obras del principal período compositivo de Bloch forman lo más conocido de su producción, en especial el llamado *Ciclo Judío*; 2 Salmos para soprano y orquesta (1912); los Tres poemas judíos (1913); un Salmo para barítono (1914); la rapsodia *Schelomó* para violonchelo y orquesta (1915); la *Sinfonía Israel* (1916); *Baal Shem*, para violín y piano, y posteriormente para violín y orquesta (1923); *De la vida judía*, para violonchelo y piano (1925); el imponente *Servicio Sagrado* para la sinagoga (*Avodath Hakodesh*), de 1933, y posteriormente *Voz en el desierto*, para violonchelo y orquesta, de 1936.



Todavía en 1951 (cuando ya estaba entregado a la composición de música pura, de lenguaje más moderno) compone una bellísima Suite hebraica, para viola o violín con acompañamiento de piano, y al año siguiente la transforma en una suite para viola o violín con orquesta. Dice Peter Gradenwitz, en su libro *La música de Israel* (Buenos Aires, Editorial Israel, 1949):

«La música hebrea de Bloch tiene poco en común con las obras de los compositores de la escuela nacional judía del Este, pues Bloch desecha la tendencia fundamental de aquéllos de incorporar verdaderas tonadas populares en obras de arte musical».

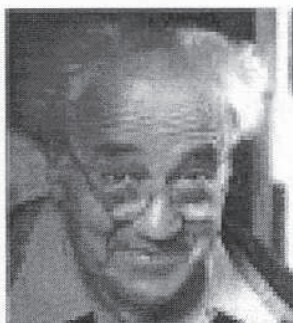
El propio Ernest Bloch ha escrito:

«No es mi propósito, ni tampoco mi deseo, intentar una reconstrucción de la música judía, o basar mi obra sobre melodías más o menos auténticas. Yo no soy un arqueólogo. Creo que lo más importante es escribir música buena y sincera: mi propia música. Es el alma judía lo que me interesa: la compleja, agitada, resplandeciente alma que siento vibrar a través de toda la Biblia; la frescura e ingenuidad de los patriarcas; la violencia de los libros proféticos; el fiero amor judío a la justicia; el desaliento del Eclesiastés; el pesar y la inmensa grandeza del libro de Job; el sensualismo del Cantar de los Cantares. Es todo eso lo que yo me esfuerzo por escuchar en mí mismo y por transcribir en mi música: la venerable emoción de la raza que dormita en el fondo de nuestra alma».

Aclara también Bloch:

«En mis obras llamadas judías, no he encarado el problema desde afuera, empleando melodías más o menos auténticas (frecuentemente prestadas de otras naciones o compuestas bajo su influencia), o fórmulas, ritmos, intervalos orientales más o menos sagrados. ¡No! Yo he escuchado una voz interior, honda, secreta, insistente, ardorosa, instinto más que fría y seca razón, una voz que parecía llegar de mucho más allá de mí mismo, más allá de mis padres: una voz que se agitaba en mí al leer ciertos pasajes de la Biblia, Job, Eclesiastés, los Salmos, los Profetas. Era todo ese patrimonio judío lo que me conmovía hondamente, y volvió a nacer en mi música.

Hasta qué punto ella es judía, hasta qué punto ella es Ernest Bloch, de eso no sé nada; sólo el porvenir lo decidirá».



Una de las obras más geniales de Bloch es la Sinfonía Israel, una obra de tres movimientos, de una gran concentración emotiva, y a la vez de una nobleza en la expresión que nos sumerge, en una atmósfera contemplativa de introspección enriquecedora. Tiene tres movimientos, que se siguen sin interrupción, y que son «Rezo en el desierto», «Yom Kippurâ» y «Succothâ» (o Fiesta de los Tabernáculos).

Hacia el final de este último movimiento, un coro y unas pocas voces solistas entran de una manera tan natural y sorpresiva que parecieran salir del mismo fondo de nuestra conciencia en plena unción de fe. Inexplicablemente, de esta maravillosa obra sólo se han hecho dos grabaciones, ambas de la época del long-play de vinilo: la de Franz Litschauer, excelente, pero editada en nuestro país por Vanguard en un disco con un defecto de sobresaturación al comienzo (algo imposible de reparar), y la de Maurice Abravanel, que también se editó en EE. UU. en disco compacto, pero éste aquí no llegó. El disco de vinilo de la versión de Abravanel es algo ruidoso. Esperemos que alguien vuelva a dirigir y grabar esta obra. Yo, con tal de escuchar esta obra, soporto «como sin escucharlas» las frecuentes «frituras» de ambos discos LP, que pasé a wav pero que filtré inútilmente porque los ruidos persistieron. Con respecto a la suite Baal Shem, que *elcuervolopez* ya difundió en estas páginas, podemos añadir que la obra está dedicada a recordar la figura de Baal Shem Tob, el fundador de la secta jasídica, que floreció en Polonia desde mediados del siglo XIII. El jasidismo se sustenta en conceptos de alegría y amor, y en la creencia de que nadie está fuera del alcance de la redención, ya que en todo aquello que vive existe el elemento divino. Los jasidím caían en frecuentes éxtasis, exaltando la gloria de Dios. Un famoso pensamiento de Baal Shem Tob –recordado en un poema de César Tiempo, el poeta ucranio-argentino cuyo verdadero nombre era Israel Zeitlin–, es:

«Cuando se marchitan las rosas, queda lo que más vale: rosada agua fragante».

Los tres números de la suite Baal Shem son: «Vidui», es decir Contrición; «Nigún», o sea Improvisación, o Tono, o Melodía, y «Simchas Toráh», o Regocijo, o Alegría de la Toráh (la Toráh es el rollo de la Ley, la primera parte de la Biblia).

Otra gran obra de Bloch es el Servicio Sagrado para sinagoga, una partitura de gran alcance que próximamente les haremos escuchar. Y hoy les traemos la que quizá sea la obra más famosa de Bloch: su rapsodia hebraica Schelomó, es decir Salomón. Ernest Bloch compuso Schelomó en 1915, y en primer término la pensó para baritono y orquesta. Luego cambió de idea, aconsejado por su amigo el violonchelista Alexándér Barjansky, y entonces le asignó al violonchelo la difícil misión de representar la palabra de Salomón. El violonchelo, por su registro y expresividad, es muy próximo a la voz humana, así como, un poco más aguda, lo es también la viola, otro de los instrumentos preferidos por Bloch.

El lenguaje musical del Schelomó se apoya (como en casi todas las obras del ciclo judío) sobre motivos melódicos, armónicos y rítmicos de los cantos hebraicos tradicionales (aunque él haya aclarado que no se basó directamente en ninguna melodía folklórica, sino que intentó recrear su «*espíritu y su esencia*». Lo que se mantiene en todas las obras de ese ciclo son las segundas aumentadas y las cuartas del antiguo canto melódico de sinagoga; la marcha de cuartas y quintas paralelas que también vienen de la antigüedad, y las frases libres y plásticas que existieron en la música occidental antes de que la cuadratura regular en la figuración fuese la norma.

La rapsodia Schelomó presenta profundos contrastes: es con frecuencia meditativa, pero también a veces violenta, triste o triunfante. La pieza se compone de un único movimiento, impetuoso, que comienza con un conmovedor lamento en el violonchelo solo, y finaliza (después de una serie de protestas, plegarias y esfuerzos) en las tinieblas y la desesperación. Muchos de los temas, que son retomados a lo largo de la obra, están relacionados entre sí por los diversos episodios, que se integran en una obra de un inmenso impacto emotivo y fuerza manifiesta. Que es la fuerza del rey Salomón.

El propio Ernest Bloch ha hecho este análisis de su rapsodia Schelomó:

«En esta obra he dado curso libre a mi fantasía. La múltiple figura del fundador del Gran Templo [me permitió] la creación de un fantasmagórico cortejo de personas y escenas en rápida y caleidoscópica sucesión. El violonchelo, con su amplia profundidad de fraseo, ora melódico y con momentos de soberbio lirismo, ora declamatorio y con robustas luces y sombras dramáticas, se presta a la reencarnación de Salomón en toda su gloria, rodeado de sus millares de esposas y concubinas, con su multitud de esclavos y guerreros ante sí.

«Su voz resuena en el silencio devocional, y las sentencias de su sabiduría se hunden en el corazón como la semilla en tierra fértil: "Vanidad de vanidad" –dijo el Predicador–, y todo es vanidad. "¿Qué provecho obtuvo un hombre de todo su trabajo realizado bajo el sol? Una generación pasó y otra vino; pero la tierra perduró por siempre? Aquel que acrecentó el saber acrecentó la pena"»

«En ocasiones, la sonora voz del violonchelo se escucha predominante, en medio de una oscuridad sin resuello y fatídica, pulsando con persistentes ritmos; nuevamente, se sumerge en un fantasmagórico paroxismo de tonos policromáticos voceados con sonoridades de plata y frenética exultación. Y, a poco, se halla uno en el corazón de un mundo de sueño, en un Oriente de fantasía, donde hombres y mujeres de toda raza e idioma argumentan, o aúllan maldiciones; y de vez en cuando escuchamos los apesadumbrados acentos del profeta, bajo cuya influencia todos se inclinan y lo escuchan reverentes.»

«El discurrir del solista, más vocal que instrumental, se asemeja a una expresión musical íntimamente consustanciada con la prosa talmúdica. Las pausas, las repeticiones de pasajes íntegros, los saltos de doble octava, las progresiones cromáticas, tienen analogías en el Libro del Eclesiastés: en los versículos, en la reiteración epigráfica de las admoniciones ("y todo es vanidad y vejación de espíritu"), en las inesperadas mutaciones de un pensamiento a otro, en ciertos crescendos de emoción que concluyen en explosiones de cólera o de dolor incontrolado».

Hasta aquí, la palabra del propio Ernest Bloch acerca de su rapsodia Schelomó.

En mi discoteca particular tengo cuatro versiones de esta obra (¿se nota que me gusta Bloch?) en discos de vinilo: la de Tibor de Machula, la de Janos Starker, la de Antonio Janigro y la de Zara Nelsová. Y dos versiones en CD: la de Yo-Yo Ma y la de Ofra Harnoy. Indiscutiblemente, la de Harnoy es la mejor, la más consustanciada con el espíritu de la obra, la más noblemente emotiva y emocional, la más perfecta desde todos los parámetros musicales.

Ofra Harnoy es una violonchelista nacida en Israel en 1965, y hoy ciudadana canadiense. Acá va la versión de Schelomó. La orquesta es la Filarmónica de Londres, dirigida por Charles Mackerras (el título de Sir que se lo den los ingleses, yo no lo reconozco).

El registro fue hecho en 1990, es decir cuando la violonchelista tenía 25 años.

Walter Aníbal Ravanelli